

# EL ABEDUL DE HOJAS DORADAS: REPRESENTACIONES Y FUNCIONES DEL *AXIS* *MUNDI* EN EL FOLCLORE FINOUGRIO

Óscar ABENÓJAR SANJUÁN  
Universidad de Alcalá

---

En este estudio serán analizadas algunas de las representaciones más habituales del *axis mundi* en los mitos ugrofineses. En el paganismo urálico, el nacimiento del árbol del mundo, el canto de los pájaros sagrados y la creación del Sol, de la Luna y del tiempo son mitos etiológicos (y también cosmogónicos) inseparables.

**Palabras Clave:** árbol del mundo, cosmogonía, urálico, ave.

## *The Birch with the Golden Leaves: Representations and Functions of the Axis Mundi in Finno-Ugrian folklore*

This study will analyze some of the most usual representations of the *axis mundi* in Finno-Ugrian myths. The world-tree, the song of the sacred birds and the etiological (and cosmogonic) myth of the origin of the Sun, Moon and time are always linked in Uralic paganism.

**Key Words:** world-tree, cosmogonic, Uralic, bird.

---

**D**ifícil sería escuchar o leer un mito cosmogónico de Siberia y no encontrar en él mención alguna a un poste de proporciones colosales que conecta los tres estratos del universo mítico: el mundo inferior, la tierra y la bóveda celeste. Para los ugrios de las riberas del Obi, por citar solo un ejemplo, se trata de un árbol que hunde sus raíces en lo más profundo del infierno, y cuya copa se eleva por encima de las nubes hasta abrazar, con su ramaje, el cielo, el Sol, la Luna y las estrellas. Sin embargo, el tópico del eje del mundo no se halla aislado, en absoluto, en las culturas árticas y sub-árticas del planeta, ni siquiera es exclusivo de Eurasia. El *axis mundi* (ya sea en forma de árbol, de poste, de pilar, de montaña, de templo, de obelisco, etc.) es un elemento común y frecuente en las mitologías de los cinco continentes.

Nos falta espacio (y no poco) para elaborar un estudio exhaustivo de las múltiples figuraciones del tópico en el folclore universal. Tampoco es

el momento, desde luego, de recorrer uno por uno los incontables mitos siberianos que describen la génesis del árbol sagrado. Limitaré el área de estudio, al menos por ahora, a la literatura oral de los pueblos finougrios, y ofreceré, con este propósito, un puñado de ejemplos de la antología de folclore vogul (todavía inédita) que traduje de los textos en la lengua original (apoyándome siempre en las traducciones al húngaro) y que he titulado *La estrella alce: mitología del pueblo vogul*.

Cuando emprendemos el estudio de un mito finougrio como el que nos ocupa, resulta casi obligado comenzar por un pasaje ilustrativo del *Kalevala*, obra que aglutina —a menudo sin ningún criterio filológico— un vasto repertorio de mitos, de gestas y de baladas de la tradición oral de la provincia rusa de Carelia. Su autor, Elias Lönnrot, retocó, enmendó, amplió y tradujo al finlandés los cantos mitológicos carelios, hasta lograr un producto literario hermoso y coherente, sí, pero también artificial, híbrido, polémico y, desde luego, impropio de la tradición finlandesa. A pesar de todos los desatinos científicos y de las imprudencias metodológicas de Lönnrot, conviene incluir aquí un ejemplo de la representación del árbol del mundo en el *Kalevala*, por ser esta, hoy por hoy, la obra más conocida —y también reconocida— del folclore urálico.

Al comienzo del segundo canto (versos 68–90), Tursas, divinidad fino-báltica de las aguas, emerge a la superficie para plantar la simiente del roble cósmico. Este es el episodio en cuestión:

Tursas surgió entonces del mar,  
salió el anciano de las olas  
y el heno sepultó en el fuego,  
echólo a las voraces llamas.  
El heno chisporroteó  
y convirtióse en fino polvo,  
en un puñado de cenizas.  
Allí depositó la hermosa  
bellota, el precioso fruto  
del roble, del que brotó un tallo,  
salió una rama verdecida  
que, cual serbal, surgió del suelo,  
su doble horquilla alzando al cielo.  
Sus verdes ramas desplegó,  
ensanchó su denso ramaje,  
su copa levantó hacia el cielo,  
invadió el aire con sus ramas;  
detuvo el vuelo de las nubes,  
impidió que las nubecillas

suaves lloviznas descargarán,  
tapó del sol los fuertes rayos  
y de la luna su fulgor.

[*Kalevala*, ed. de Joaquín Fernández y Úrsula Ojanen (Madrid: Alianza, 2004)]

Enseguida ofreceremos algunos ejemplos más del tópico de las ramas que abrazan la bóveda celeste en otros mitos de los pueblos urálicos. Pero conviene, por el momento, presentar algunas de las propiedades que los finougrios atribuyen a su eje del mundo. Los vogules y los ostiacos, entre otros grupos siberianos, consideran que la madera del abedul dorado que se yergue desde el mundo telúrico hasta el cielo tiene excepcionales propiedades mágicas y terapéuticas. Los chamanes vogules confeccionan sus tambores con madera del abedul sagrado, porque piensan que dicho material les facilita la ascensión extática hasta la morada de los dioses (Hoppál y Szadovszky 1995: 191–193). Y veremos a continuación que, según los votos —pueblo de lengua fino-báltica del Golfo de Finlandia—, las primeras obras de ebanistería fueron realizadas con la madera mágica del roble del mundo:

Fui a la morada de Dios,  
a su morada de Joenperä.  
Trajeron una jarra de cerveza.  
La jarra tenía diez colores;  
la taza, dos asas.  
La levadura estaba abajo; la espuma, arriba.  
En el centro había cerveza marrón.  
¿Dónde podría librarme de la levadura?  
¿Dónde podría verter la espuma?  
En el borde de la Tierra extensa,  
en el ancho terreno murmurante,  
allí creció un gran roble.  
[Allí] brotó un pino prodigioso.

Nadie podría talar aquel roble.  
[Nadie] podría matar el gran árbol.  
Entonces lo recordé.  
Mi corazón lo entendió:  
yo tenía un único hermano  
guardado en una caja para la lana.  
Salió por la tapa.  
Lo coloqué al pie del árbol.  
Comenzó a podar los brotes.  
Lo golpeó con su hacha de guerra.  
Al primer golpe, nació una barca;

al segundo, nacieron dos barcas.  
Con la copa hicimos bancos;  
con las ramas, monturas para caballos de guerra;  
con las ramas, ruelas torcidas.

[Traduzco de la versión en inglés publicada en Honko *et al.*  
1994: 100–101]

También para los mordvinianos, grupo étnico de lengua fino-  
pérmica que habita en el curso medio del Volga, el árbol del mundo es un  
manzano, un roble o un abedul de plata que, en tiempos míticos, cubrió el  
mundo con sus raíces y encerró el Sol y la Luna con las ramas de su copa:

¡Un gran [campo]! ¡Un campo grande!  
En el campo grande, hay una colina alta.  
En la colina no hay hierba,  
sino un abedul de plata;  
sino un abedul de plata.  
Un abedul hermoso, un abedul de plata,  
un abedul hermoso, un abedul de plata  
cubrió la Tierra con sus raíces.  
Cubrió la Tierra con sus raíces.  
Encerró el Sol con sus hojas.  
Encerró el Sol con sus hojas.  
Encerró el Sol con sus hojas,  
y la Luna con su sombra,  
y la Luna con su sombra,  
y la Luna con su sombra.  
Dios no sabía nada de aquello.  
Dios no sabía nada de aquello,  
[por eso] maldijo su tronco;  
[por eso] maldijo su tronco.  
Se desgarró de arriba abajo.  
Se desgarró de arriba abajo.  
Una parte se cayó hacia el Este.  
Una parte se cayó hacia el Este;  
la otra, hacia el Oeste.

[Traduzco del texto en inglés publicado en Honko *et al.*  
1994: 97–98]

Los vogules hablan de un abedul de oro que se eleva desde el  
mundo inferior hasta el último estrato del cielo. La representación  
iconográfica más frecuente es la de un árbol de cuyo tronco nacen dos  
ramas que dividen una circunferencia en dos partes. En la mitad inferior, se  
dejan ver las formas estilizadas de los seres vivos y, arriba, en el sexto nivel

—de un total de siete— están dibujados los pájaros, y la Luna. El Sol y *Numi Tārēm* moran en el séptimo. El submundo, reflejo exacto del cielo, también se encuentra estratificado en siete capas. Entre la esfera superior y el submundo, se extiende el orbe de los mortales.

A menudo, en el folclore vogul, el abedul de oro es sustituido por el *sop-pél* 'pilar de la ciudad', la viga que sostiene cada cabaña, y por la cual el chamán asciende hasta el cielo. Otras veces, el motivo del *axis mundi* queda reducido a una simple abertura en el cielo por la que es posible contemplar el mundo telúrico. En la *Canción de la osa que obtuvo el alimento necesario para la hibernación*, por ejemplo, la protagonista se escapa de la mansión de su padre, avista un alce y comienza a acecharlo, pero, por el camino, una de sus sandalias se queda trabada en un orificio que comunica con el cielo inferior:

Numi Tārēm partió,  
y yo, que soy una mujer falsa,  
me disfracé  
con el vestido de garras de animal gigante,  
arranqué la puerta de la casa con puertas,  
y me deslicé por la apertura de mi casa con apertura.  
Salí en silencio.  
Vi, a los lejos, un reno de tres años de edad,  
comencé a acecharlo, [pero se escapó y le grité]:  
—¡Maldito sea tu padre! ¡Maldita sea tu madre, carroña!  
¿Por qué te escapas tan lejos?  
Ya casi lo había alcanzado,  
pero perdí la mitad de la sandalia,  
se me había quedado enganchada.  
Así fue como dejé escapar  
el reno de tres años.  
Pensé: ¿en qué región se hallará  
mi sandalia?  
Doy la vuelta, miro hacia abajo:  
Se había caído al cielo inferior.  
Miré hacia el cielo inferior,  
y vi que la tierra era de color rojo como el caramelo,  
la tierra era de color amarillo como el caramelo.

[Vv. 11–33. Traduzco de la versión en vogul de Munkácsi  
1892: 110–111]

Y, otras veces, se trata del poste por el que trepa el espíritu de la osa hasta la morada de su padre. Veamos, por caso, el fragmento final de *La osa que fue ofendida durante su ascenso al Cielo Superior*:

Llego al poste del duende que está clavado  
en lo profundo del camino cenagoso cuyo barro llega hasta las rodillas.  
Llego al cielo. [Llego] al poste del espíritu que está clavado  
en lo profundo del camino cenagoso cuyo barro llega hasta los muslos.  
[Vv. 150–153. Traduzco de la edición en vogul de Kannisto  
y Liimola 1958: 366–391]

En los cuentos de los finlandeses y de los estonios, los cuerpos celestes cuelgan, como si de frutos se tratara, de las ramas de un árbol. La misma imagen aparece en los cuentos magiares, muy especialmente, en "Az égig érő fá" (*El árbol que llega hasta el cielo*) y en "Világhírű szép Miklós" (*El célebre y hermoso Miklós*), y no es raro encontrarlo en la iconografía popular húngara. Tampoco faltan las referencias a las frutas celestiales del árbol del mundo en la lírica tradicional húngara, aunque los elementos propios del paganismo (el Sol, la Luna, las estrellas y los pájaros) hayan sido reemplazados por personajes cristianos. Veamos un ejemplo:

El Cielo engendró la Tierra.  
La Tierra engendró el árbol.  
El árbol engendró la rama.  
La rama engendró el brote.  
El brote engendró la flor.  
La flor engendró a Santa Ana.  
Santa Ana engendró a María.  
María engendró a Cristo,  
a nuestro Señor Salvador.

[Traduzco la versión en húngaro publicada en Erdélyi: 1976: 182]

Los mitos cosmogónicos de los vogules mencionan dos —en ocasiones, siete— aves que anidan entre las ramas del árbol del mundo. En los cuentos húngaros, el *Turul* (o *Turulj*), águila mítica, mora en la copa del roble sagrado. A propósito de esta hibridación de los motivos del *axis mundi* y del canto de los pájaros sagrados, Lauri Honko anotó:

La conexión entre el árbol de ramas de oro y el árbol del mundo aparece, también, en las tradiciones de otros pueblos. En un poema lírico carelio, por ejemplo, el cantante solicita el poder para crear, mediante la canción, un roble con anillos de oro colgados de sus ramas. Allí anidarán los cucos cuyas canciones saldrán de sus bocas como si fueran caudales de oro. Este motivo tardío ha sido comparado con la savia del árbol de la vida.

[Traduzco el texto en inglés de Honko *et al.* 1994: 671]

Los vogules piensan que, al escuchar el canto de las aves sagradas, los primeros humanos, todavía inertes y exánimes, obtienen el alma y ex-

perimentan, por vez primera, los deseos de vivir:

En la ciudad del cerro de las algas creada por ellos mismos,  
en la ciudad de los cerros de la tundra creada por ellos mismos,  
vivían la Dama *Śís de Oro*  
y nuestro padre, el *Kworés* de Oro.  
Su hija era la *Kaltés* de Oro.  
Su hijo, el *Ātér* de Oro.  
Eran sus dos únicos hijos.  
Los siete caballos coloridos como el Sol pataleaban en el establo.  
Sus siete caballos del color de la nieve relinchaban en el establo.  
Detrás de su casa,  
nació un abedul de hojas doradas.  
Nació un abedul de ramas doradas.  
La *Kaltés* de Oro, la hermana del joven [*Ātér* de Oro],  
salió de la casa [y] se deshizo la trenza:  
Mis siete Obi con una desembocadura se vierten.  
Los siete mares con una desembocadura se derraman.  
El Sol deshace su trenza.  
La Luna deshace su trenza.  
Sus siete gallos de plumas doradas,  
de colas doradas,  
se posan  
detrás de la casa, en la rama del abedul reverenciado.  
Estuvieron cantando durante siete noches.  
Estuvieron cacareando durante siete días.  
Por la noche no dejan [de cantar].  
De día no se les quitan las ganas [de cantar].  
Su canto suena con voz chirriante  
como si fuera un chorro de oro y de plata.  
Allí cantan con voz retumbante  
como si fuera un caudal de plata y de oro.  
Desde aquel momento, los míseros mortales que calzan sandalias,  
los míseros mortales [que se cubren] con pellizas  
empezaron a sentir ganas de vivir en el mundo extenso.  
[Sintieron ganas de vivir] desde que escucharon la voz de los gallos.  
[Vv. 1–34. Traduzco de la versión en vogul de Munkácsi 1892:  
38–39]

Los estonios, por su parte, pensaban que el ave sagrada que anidó  
en el árbol del mundo creó el tiempo, la cerveza, las bayas, el Sol y la Luna:

Una pajarita sobrevoló,  
sobrevoló todo el mundo;

sobrevoló el gran lago  
por encima del globo del mundo.  
Se posó para dejar sus huevos,  
para incubarlos.

[Pero] no encontró ningún lugar  
para incubarlos.

Una pajarita sobrevoló,  
sobrevoló todo el mundo;  
sobrevoló un monte azul.  
Desdeñó el monte azul.  
Sobrevoló un monte rojo.  
Desdeñó el monte rojo.  
Sobrevoló otro amarillo,  
y lo encontró apropiado:  
—Aquí haré el nido,  
aquí colocaré los huevos,  
aquí incubaré mis polluelos.

Estuvo sentada un mes, dos meses,  
e incluso un tercero,  
y un poco del cuarto también.

[Un día] miró hacia abajo  
y vio a sus polluelos recién nacidos.

Comenzó a separarlos:

uno [de ellos] se convirtió en una baya de la tierra,  
otro, en una piedra del campo,  
el tercero, en la Luna del cielo,  
y el cuarto, en el Sol que ilumina el mundo.

Donde brotó la baya,  
las bayas son famosas.  
Donde se hallaba la piedra,  
se prepara la cerveza.  
Donde [brilla] el Sol por encima del mundo,  
el tiempo es calculado.  
Y, en el cielo, donde [se halla] la Luna,  
son conocidas las horas.

[Traduzco del texto en inglés publicado en Honko *et al.* 1994: 95]

En los cantos mitológicos vogules encontraremos una asociación de motivos (el vuelo de las aves sagradas y la creación de los astros) muy similar a la del poema estonio que acabamos de leer. El primer fragmento narra un episodio posterior al diluvio universal:

Un día, los siete primeros humanos comenzaron a sentir hambre, y *Numi Tārēm*, dios supremo de los vogules, decidió enviarles los



arcos y las flechas para que pudieran cazar. El mayor de los siete se escondió tras unos matorrales al borde del río para acechar a los pájaros sagrados. Pero, justo cuando estaba a punto de disparar, escuchó el restallido del arco de uno de sus hermanos. El ruido espantó a las aves sagradas y desencadenó el origen del tiempo:

—Voy a esconderme en los arbustos ocultos.

Voy a ocultarme en las hierbas ocultas.

¡No disparéis hasta que veáis que mi flecha está volando!

¡No disparéis hasta que veáis que suelto [la cuerda de] mi arco!

Se escondió en los arbustos ocultos,

se ocultó en las hierbas ocultas,

colocó su flecha en la cuerda de crin de caballo,

¡[pero entonces] escuchó el disparo de otro muchacho!

Su arco vibrante restalló con sonido extraño.

Su flecha solo [les] provocó una leve rozadura  
a los siete patos de pecho de hierro.

Su flecha solo [les] provocó una leve rozadura  
a los siete somorgujos de pecho de hierro.

¡Ay, los siete colimbos, heridos en el pecho,  
echaron a volar! Se dispersaron  
por los afluentes de los ríos en forma de pata de grulla.  
Los siete somorgujos, heridos en el pecho,  
echaron a volar. Se dispersaron  
por los afluentes de los ríos en forma de pata de grulla.  
[Así] crearon el tiempo  
en la región en la que no había tiempo.

Crearon los suplicios  
en la región en la que no había suplicios.

El mayor de los jóvenes gritó:

—¡Si hubiese disparado yo

a aquellos siete colimbos de pecho de hierro,

a aquellos siete somorgujos de pecho de hierro,

los habría ensartado con mi flecha

como si fueran una buena brocheta de pescados de primavera!

¡Los habría ensartado con mi flecha

como si fueran una buena brocheta de pescados de otoño!

¡Mira! ¡Has originado el tiempo

en las regiones de la Tierra en las que no existía el tiempo!

¡Mira! ¡Has creado los suplicios

en las regiones de la Tierra en las que no existían suplicios!

[Vv. 295–329. Traduzco de la versión en vogul de Munkácsi  
1892: 98–99]

Terminaremos este breve recorrido por las representaciones del *axis mundi* en las mitologías urálicas con otro poema de la creación de los vogules. En él constataremos, de nuevo, la asociación entre los motivos del eje del mundo y del canto revitalizador de las aves sagradas. En este caso, los versos proceden del fragmento final de *La canción de la inundación del Cielo y de la Tierra: el anciano y la anciana que sobrevivieron al diluvio*. Resumimos el episodio: el *Ātér* de Oro (hijo de *Numi Tārēm*) deshace su trenza, los siete afluentes del río Obi se desbordan, y los siete escarabajos de oro emergen a la superficie. Al rato siete cucos dorados entonan un canto mágico en las ramas del abedul dorado. Una de las aves se abre el vientre y de allí surge la *Śís* de Oro, esposa de *Numi Tārēm*. Este es el fragmento en cuestión:

[El *Ātér* de Oro] deshizo su hermosa trenza colgante,  
y se inundó la desembocadura de los siete mares,  
se desbordó la desembocadura de los siete brazos del Obi.  
Su hermosa trenza colgante hizo brillar la tierra, el agua, el mundo.  
Siete cucos de colas doradas, de alas doradas,  
sobrevolaron el abedul de hojas y de ramas doradas  
que el viento zarandeaba.  
Estuvieron cantando durante siete noches,  
cantaron con su voz de cucos durante siete días.  
Sus deseos [de cantar] continúan durante la noche,  
sus ansias [de trinar] no cesan durante el día.  
Un cuco abrió su abdomen y, de él, surgió la madre, la *Śís* de Oro.  
¡Ay, [su madre] había sobrevivido [al diluvio] allí dentro!  
Su hermano menor salió de casa, deshizo su trenza tierna, y se inundó  
la desembocadura de los siete mares, se desbordó la desembocadura  
de los siete brazos del Obi.  
[Su trenza] hizo brillar la tierra, el agua, el mundo.  
Siete escarabajos acuáticos de lomos curvados emergieron  
del fondo de los siete brazos del Obi, del fondo de los siete mares.  
Uno de ellos se abrió el abdomen, ¡y allí estaba el *Kworés* de Oro!  
[Su padre] había sobrevivido [al diluvio] allí dentro.  
Dispusieron una mesa de patas doradas,  
bebieron cerveza y comieron comida con miel.  
Nuestra madre, la *Śís* de Oro, y nuestro padre, el *Kworés* de Oro,  
colocaron a la *Kaltés* de Oro y al *Ātér* de Oro en dos cunas de arcos  
y arrojaron abajo, al Mundo Inferior, [dorados,  
las dos cunas atadas con dos cadenas deshilachadas de plata.  
[Vv. 454–481. Traduzco de la versión en vogul de Munkácsi  
1892: 65–66]

## **Bibliografía**

ALFÖLDI, Andrew, "An Ugrian Creation Myth on Early Hungarian Phalerae", *American Journal of Archaeology*, LXXIII (1969), 359–361.

BUCKLAND, A., "Mythological Birds Ethnologically Considered", *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, IV (1875), 277–292.

DOMOKOS, Péter, *Finnugor regék és mondák [Mitos y leyendas finougrios]*, Budapest: Móra Ferenc Könyvkiadó, 2004.

———, *Finnugor–Szamojéd (urali) regék és mondák [Mitos y leyendas de los pueblos urálicos: finougrios y samoyedos]*, 2 vols., Budapest: Móra Ferenc Könyvkiadó, 1984.

ELIADE, Mircea, *Le chamanisme et les techniques archaïques de l'extase*, París: Payot, 1968.

ERDÉLYI, Zsuzsanna, *Hegyet hágék, lőtőt, lépek: archaikus népi imádságok [Cimas, lomas y cuestras: oraciones tradicionales arcaicas]*, Budapest: Magvető, 1976.

HONKO, Lauri, TIMONEN, Senni, BRANCH, Michael y BOSLEY, Keith, *The Great Bear: A Thematic Anthology of Oral Poetry in the Finno–Ugrian Languages*, Nueva York: Oxford University Press, 1994.

HOPPÁL, Mihály y PENTIKÄINEN, Juha, *Uralic Mythology and Folklore*, Budapest y Helsinki: Ethnografic Institute of the Hungarian Academy of Sciences–Finnish Literature Society, 1989.

HOPPÁL, Mihály y SZADOVSZKY, Otto, *Vogul Folklore*, Budapest: Akadémiai Kiadó, 1995.

HULTKRANTZ, Åke, "A new look at the world pillar in Arctic and sub–Arctic religions", en Juha Pentikäinen (ed.), *Shamanism and Northern Ecology*, Berlín–Nueva York: Mouton de Gruyter, 1996, 29–49.

KANNISTO, Artturi y LIIMOLA, Matti, *Wogulische Volksdichtung*, Helsinki: *Mémoires de la Société Finno–Ougrienne*, vol. IV, 1958.

KULEMZIN, Vladislav *et al.*, *Khanty Mythology*, Budapest–Helsinki: Akadémiai Kiadó–Finnish Literature Society, 2006.

Magyar Néprajzi Múzeum (Museo Etnográfico de Hungría), Budapest: *Néprajzi Múzeum Műtárgygyűjteménye* [Colección de cultura material del Museo Etnográfico], 1/5/2004 [ref. de 12/8/2008], disponible en Internet: <http://www.neprajz.hu>.

MUNKÁCSI, Bernát, *Vogul Népköltészet Gyűjtemény [Antología del*

*folclore vogul*], 4 vols., Budapest: Akadémiai Kiadó, 1892–1910.

REBOURCET, Gabriel, *Chants ouraliens: chants, poèmes et prières de trois peuples ouraliens: Mordves, Vogoules et Ostyaks*, Paris: Gallimard, 2006.

VÉRTES, Edit, *Szibériai nyelvrokonaink hitvilága [La imago mundi de nuestros parientes lingüísticos siberianos]*, Budapest: Tankönyvkiadó, 1990.